

LA ACCION REVOLUCIONARIA

es lo que inquieta al falangismo

EL gobierno franquista no descuida — aunque tampoco son su gran preocupación — los acontecimientos políticos internacionales. En ellos fija cierta atención y sabe adaptarse a todos los vientos, tanto le importa procedan del Este o del Oeste, de la derecha o de la izquierda. Cuando el papel de Adolfo Hitler no favorecía el desarrollo de sus planes, supo explotar el de Winston Churchill; luego, el de Dewey, y ahora, curado el disgusto de la ascensión « demócrata » americana, trata de favorecerse con Truman. Tal vez estas variaciones en la línea política impongan la eliminación de ciertos elementos directores, cual ocurrió con Beigbeder y Suñer, pero el yugo franquista continúa sin quebraduras sobre el lomo de España, sostenido por la reacción internacional.

Con un poco de cuidado — dispuesto a la hipoteca —, y ágil en la maniobra, el franquismo se defiende, se protege en el mundo político. No hay otro peligro serio para él — pese a cuanto inventan los « pacificadores » — que la acción popular, la insurrección. Su pueblo, siempre insumiso, que lo detesta y ansía la ocasión de lanzarse a la pelea para poner fin a la injusticia.

Desarticulada la economía y en plena bancarrota industrial, ese gobierno antiespañol no puede desprenderse de las costosas fuerzas militares y policíacas, que son el principal respaldo del privilegio recompuesto tras la traición. Sostiene esas fuerzas, las incrementa cada día y no cesa de incitarlas a la eliminación sistemática del adversario. A su poder extraordinario quedan sometidas las

demás actividades del Estado y aun las extraoficiales, ya fueren de carácter público o privado.

La preocupación primordial de los jefes que atracan la viña española no es otra, decimos, que la de mantener la presa sin que pueda arrebatársela el pueblo. Privar, por medio del terror, las posibilidades de organización de una fuerte resistencia interior de orientación revolucionaria; impedir que, fuera del perímetro nacional, los desterrados actúen agrupados y decididos a socorrer moral y materialmente a los rebeldes de las montañas, a los luchadores de las ciudades, a los presos y familias perseguidas.

No les ha preocupado a los franquistas — y menos hoy — la enemiga aristocrática, el adversario monárquico o pseudo-republicano que chismorrea en los salones, gentes asimilables a la situación, fáciles de convencer cuando sus intereses se ponen en peligro. De todo tiempo el peso de la represión falangista ha recaído sobre las minorías audaces, los trabajadores, que no cesan en la conspiración, en la preparación de la revuelta. Y ahora más que nunca se emplean contra estos hombres que ni en España ni fuera han hincado la rodilla.

Un periódico parisino se hacía eco días pasados de lo que en ocasiones anteriores hemos advertido en estas columnas y denunciaron en el mitin de Toulouse los representantes libertarios: Franco no reduce la persecución al territorio nacional, sino que trata de extenderla fuera de las fronteras con sus brigadillas mercenarias y sus reclamaciones diplomáticas. Contra nuestro Movimiento ha

llevado a cabo una vasta maniobra después de la detención de algunos compañeros acusados de la preparación de atentados. La maniobra ha fracasado, cierto es, pero no les ha impedido insistir donde creen que, pronto o tarde, hallarán audiencia.

Y no se trata sólo de nuestro Movimiento, sino que se permite renovar consejos contra la emigración, tales que la prohibición de residencia a los refugiados en las proximidades de la frontera o el « internamiento » al norte de la Loire.

Frente a esas provocaciones fascistas procede actuar con energía, cerrar nuestras filas, incrementar la solidaridad, fijar en nuestras mentes la idea de la liberación y desplegar por su triunfo una mayor actividad, cerca, muy cerca y hasta en el corazón de España.